

fuerza de nuestra situación política; pero deje usted entrever muy claramente que el buen éxito exige que quede todo reservado para que nosotros podamos negociar en Berlín.»

Bien necesitaba el gobierno francés un éxito brillante como aquel por el cual el ministro felicitaba á su embajador para borrar la impresión desagradabilísima que había dejado en todas las personas ilustradas un debate que había durado cuatro días en el cuerpo legislativo, y en pos del cual había llegado una noticia de Berlín que alarmó de nuevo á la opinión.

En una carta abierta dirigida por Napoleón en 19 de enero de 1867 á su ministro Rouher, anunció un nuevo paso para llegar al remate de su edificio político, hácia el cual caminaba desde el 24 de noviembre de 1866, en cuya última fecha había publicado un decreto permitiendo la admisión de la prensa en el parlamento (1). Desde entonces podía leer el público cada mañana en los periódicos los discursos, copiados por taquígrafos, que el día antes se habían pronunciado en el senado y en el cuerpo legislativo. Desde el 19 de enero de 1867 el emperador concedió un derecho de interpelación, aunque prudentemente limitado, del cual derecho el diputado Thiers hizo uso en 14 de marzo. Thiers interpelló al gobierno del emperador sobre su política italiana y alemana, para probar que todos los vaticinios de desgracias que de tal política había pronosticado se habían cumplido terriblemente y con mayor prontitud de lo que él esperaba. La unidad italiana había engendrado efectivamente la unidad alemana, después de haber falseado toda la política de Francia, por haber obligado á ésta á hacerse enemiga del Austria cuando ésta era en el Este, y muy particularmente en Alemania, el aliado más natural de la Francia. Añadió que desde 1859 no veía más que errores y torpezas cometidas ya con actos, ya con dejar hacer; creando la Italia, abandonando la Polonia y la Dinamarca y permitiendo la guerra de 1866, que habría sido tan fácil impedir con la intimación terminante de «la Francia no lo consiente» hecha á Italia, Austria y Prusia. «Ya no hay falta ninguna que cometer,» dijo, y con estas palabras concluyó su discurso. Lo que Thiers propuso para salvar la Europa y devolver á la Francia su grandeza perdida era una estrecha alianza con Inglaterra, á la cual se agregaría inmediatamente una clientela muy respetable, la clientela de los Estados pequeños, formada por la Suiza, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia y Portugal (2). Julio Favre atacó al gobierno con más violencia en 18 de marzo, comparando la carta del emperador del 11 de junio de 1866 con su mediación, tal como resultaba de los despachos publicados en el *Libro amarillo* y de los hechos, que en todos los puntos esenciales no podían ser más contrarios á los deseos públicamente anunciados del emperador. «¿Es esto, dijo el orador, una política digna de un gran país? Lo he dicho y lo repito; comprendo perfectamente el sistema de encerrarse en sus propios límites para dedicarse únicamente á los grandes intereses de la propia nación, mirando con relativa indiferencia lo que pasa

(1) Helie, pág. 1260.

(2) Copiaremos aquí de este discurso de Thiers, que se encuentra entre sus discursos parlamentarios, tomo II, un pasaje que se refiere á Bismarck: «Acercándonos á los grandes sucesos de este año se presenta involuntaria é irresistiblemente á mi imaginación un recuerdo de nuestro inmortal Bossuet y estoy dispuesto á exclamar como él: «Se ha encontrado un hombre.» No es que yo quiera, señores, recordando estas palabras de Bossuet, establecer alguna comparación entre Cromwell, al cual aplica esta exclamación, y el esforzado ministro que tan rápidamente conduce á la Prusia por la senda del engrandecimiento. No, señores; una semejanza de esta clase sería calumniar al conde de Bismarck, y también engrandecerle. (Movimiento pronunciado; visas de aprobación en algunos bancos.) Pero viendo cómo este personaje ilustre se ha acomodado á las circunstancias, no puedo menos de decirme: sí, se ha encontrado un

hombre de una sagacidad política rara y de una audacia de ejecución más rara todavía. Este personaje, en el cual su país debe reconocer un gran patriota, este personaje debía haberse asustado ante la sola idea de atacar con la Prusia, que contaba 19 millones de súbditos, al Austria, que contaba 36 millones y cerca de 50 añadiendo los confederados. En efecto, la Prusia acusaba á este hombre de locura; esta Prusia, que hoy tan orgullosa está de su grandeza, no la quería. Pero Bismarck juzgó perfectamente la situación, vió que esa Austria, á quien él acusaba de hallarse tan preparada, estaba muy lejos de estarlo (movimiento).» En este discurso está mencionada la publicación de los tratados ofensivos y defensivos; pero como estos no fueron publicados sino el 19 de marzo, resulta que su mención es una interpolación.

(3) Lavalette, en su circular del 20 de setiembre de 1866, se vale de esta misma idea.

(4) Relación de la sesión del *Monitor* del 19 de marzo de 1867.

fuera; pero si se quiere hacer un papel grande, si se pretende hacer el papel de mediador, si se convocan congresos y se presentan programas, y luego se mira cómo el sable los rasga y luego se inclina la cabeza al suelo delante del triunfo de lo que se atacaba, esto, señores, no es francés.» El diputado Olivier, en 15 de marzo, dijo que los peligros y errores que había notado Thiers no eran más que fantasmas y no hechos, y el ministro Rouher trató de demostrar que á pesar de los temores patrióticos que le había causado también á él la jornada de Sadowa, la Francia no había sufrido ningún perjuicio, antes bien había encontrado una gran ventaja si se consideraba la situación imparcialmente; porque antes había tenido que temer la Francia en la confederación alemana dominada por el Austria un imperio de 75 millones de habitantes, cuando á la sazón, en lugar de este imperio, existían tres potencias separadas, la Alemania del Norte, la Alemania del Sur y el Austria (3). A esto contestó Julio Favre con otra pregunta que tocó al gobierno en el mismo corazón. Preguntó: «Si la situación de Francia no ha empeorado sino que por el contrario ha mejorado, ¿á qué viene el proyecto de la nueva ley militar, que debe dar á la Francia un millón doscientos mil soldados instruidos? Mas brutalmente no podíamos sentir el golpe de rechazo de la victoria de Sadowa que por la pretendida necesidad absoluta de detener la corriente de la idea moderna y buscar en alguna olvidada tradición del pasado una organización militar completamente incompatible con el espíritu actual de la Francia. (Muy bien, en la izquierda.) ¿Por qué se pretende ahora que se ponga toda la Francia el uniforme de soldado y que de un taller se transforme en un cuartel, después de quince años que ha durado el gobierno, después de haber aumentado la deuda del Estado hasta 8,000 millones, después que se ha dicho públicamente que el imperio era la paz, después que nos hemos visto condenados á las guerras que sabeis?» (Vivos aplausos.) Otra cuestión había que debía herir al gobierno en lo más profundo y que aquel, inexorable, no dejó de tocar al final de su discurso: «El gobierno, dijo, no se ha explicado todavía claramente. ¿Rechazaría anexiones si se le ofreciesen? ¿Declarará que nunca será atacada la Bélgica, que nunca será amenazado el país de Luxemburgo y que nosotros quedaremos siempre dentro de nuestras fronteras?» Al decir esto fué interrumpido el orador por una verdadera tempestad de exclamaciones, diciendo el uno: «¡Esto es una vergüenza!» el otro: «¡Esto es una infamia!» «¡Usted no es francés!» gritó un tercero, y Granier de Cassagnac: «¡Esta es la ignominia de la abdicación (4)!»

Los debates, que después de durar cuatro días acabaron con esta tempestad, demostraron un hecho que no podía negarse: que la Francia política había adquirido la convicción de que ya no era la primera potencia de Europa como se había figurado antes y en parte había sido realmente. El espíritu de partido culpó de esto al emperador, cuando no había

hombre de una sagacidad política rara y de una audacia de ejecución más rara todavía. Este personaje, en el cual su país debe reconocer un gran patriota, este personaje debía haberse asustado ante la sola idea de atacar con la Prusia, que contaba 19 millones de súbditos, al Austria, que contaba 36 millones y cerca de 50 añadiendo los confederados. En efecto, la Prusia acusaba á este hombre de locura; esta Prusia, que hoy tan orgullosa está de su grandeza, no la quería. Pero Bismarck juzgó perfectamente la situación, vió que esa Austria, á quien él acusaba de hallarse tan preparada, estaba muy lejos de estarlo (movimiento).» En este discurso está mencionada la publicación de los tratados ofensivos y defensivos; pero como estos no fueron publicados sino el 19 de marzo, resulta que su mención es una interpolación.

(3) Lavalette, en su circular del 20 de setiembre de 1866, se vale de esta misma idea.

(4) Relación de la sesión del *Monitor* del 19 de marzo de 1867.

sido más que el instrumento de la historia, ora dirigiendo, ora obedeciendo. La Francia, sin haber perdido ninguna guerra ni haber firmado ningún tratado de sumisión, había llegado á una situación más perjudicial á su fama é influencia que lo había sido la que siguió á la caída y á la ruina del primer emperador. En el discurso del trono que Luis XVIII pronunció ante las cámaras después de la primera paz de París, en 4 de junio de 1814, dijo: «La posición elevada que la Francia ha ocupado siempre entre las naciones, no ha pasado á ninguna otra nación y el país la conserva por entero.» Esto era entonces muy exacto, porque en Italia y en Alemania, los dos países sobre cuya debilidad y división descansó el predominio de Francia desde la guerra de Treinta años,

no se había formado ninguna potencia que pudiera contrabalancear el predominio de Francia; pero esto había cambiado. El reino de Italia, á un lado de los Alpes, y la Prusia con la confederación del Norte de Alemania, al otro lado, acababan por su formación y crecimiento con el equilibrio político de Europa. Lo que Thiers dijo sobre este hecho era correcto; pero no lo era lo que dijo respecto de las causas, cuya culpa atribuyó á tales ó cuales personas cuando el cambio ocurrido era una ley natural de la madurez de dos nacionalidades. Así es que el gobierno francés estaba muy lejos de reconocer esta verdad y se consolaba en último término con pensar que en vez de una gran Alemania presidida por el Austria tenía que habérselas con tres potencias. Bismarck destruyó



Julio Favre (grabado en cobre de Weger, según una fotografía)

este consuelo en 19 de marzo, al día siguiente del gran descalabro que el emperador había sufrido en el cuerpo legislativo. En aquel día 19 de marzo de 1867 el periódico oficial prusiano publicó el texto completo de los tres tratados ofensivos y defensivos que hasta entonces se habían tenido secretos, y *La Correspondencia Provincial* añadió por su parte, refiriéndose á algunas frases recientes pronunciadas por el conde de Bismarck en el parlamento de la confederación del Norte de Alemania: «Habiendo desaparecido ahora los motivos que aconsejaban tener secretos estos tratados, todos los corazones alemanes hallarán en estos documentos tranquilidad y fruición, pues que ya no tiene razón de ser ningún temor respecto de una división de Alemania enfrente del extranjero. El gobierno de Prusia, al admitir la línea del Mein por frontera de la confederación del Norte, se dió prisa á reanudar el lazo nacional con la Alemania del Sur por medio de tratados especiales, ya que así se lo permitía el tratado de paz hecho con el Austria. Ahora puede verse claramente que nuestro gobierno al hacer los tratados de paz con los Estados del Sur se guió por el punto de vista de reemplazar la anterior división por una alianza sincera é íntima. Como consecuencia inmediata de los tratados de paz, que conceden al rey de Prusia el mando en jefe de las tropas de sus aliados de la Alemania del Sur en caso de guerra, debe

considerarse el reciente convenio militar hecho con dichos Estados, según el cual sus organizaciones militares se pondrán en sus puntos esenciales de acuerdo con la organización militar prusiana y de la confederación del Norte (1). De esta manera existe ahora la completa certidumbre de que la línea del Mein, que marcaba el límite de la confederación del Norte de Alemania, ha dejado de ser una frontera para la unidad nacional y que en adelante la fuerza nacional común descansa sobre bases más sólidas que nunca. En esta fuerza nacional reconocerán la Alemania y la Europa la seguridad y firme cimiento de una paz verdadera.» Esto quería decir que ya no había ni cuestión alemana, ni línea del Mein, ni división de Alemania en una confederación del Norte y otra del Sur; lo que así se llamaba eran meras palabras que no correspondían á los hechos. Cuando en la paz de Praga se echó la base primera de una unión de los Estados del Sur con independencia internacional, ya estaba firmado en Berlín, por los tratados secretos del 13, 17 y 22 de agosto de 1866, que esta unión del Sur había de ser para siempre letra muerta.

(1) El Hesse-Darmstadt hizo su convenio militar con la Prusia en 7 de abril de 1867 y cuatro días después su tratado de alianza ofensiva y defensiva. Véanse las resoluciones de la conferencia militar de la Alemania del Sur en Stuttgart y febrero de 1867, en Schulthess, pág. 188 de su *Calendario histórico*.



La impresion que causó esta revelacion fué grande é hizo perder á la diplomacia imperial el escaso resto de crédito que le restaba todavía, cuando despues de haberse vanagloriado de conocer las intenciones de la corte de Prusia, ésta le dió tan gran desengaño. El rey de Holanda, bajo esta impresion, instó mas que nunca á Baudin para llegar á una inteligencia con el gobierno prusiano, inteligencia que tanto se deseaba eludir en Paris por muy buenos motivos. Baudin telegrafió, pues, el 22 de marzo á su ministro: «El rey, por desgracia, ha cambiado de intencion; desea que las potencias firmantes del tratado de 1839 arreglen la cesion del Luxemburgo; yo le digo que no hay que pensar en eso y desde luego le anuncio que usted se opondrá á ello. Quisiera tener el asentimiento de la Prusia con tanta mayor precision cuanto que la publicacion del tratado con la Baviera ha avivado el temor que inspiran Bismarck y la guerra.»

El ministro francés, Moustier, escribió lo que pudo para tranquilizar al rey de Holanda, prometiendo que se darian explicaciones en Berlin, si tanto lo deseaba el rey, si bien preferiria que se le ahorrara este paso, ya que Bismarck deseaba aparecer en este asunto parte forzada y verse puesto enfrente de él como hecho consumado. El rey de Holanda no cedió, insistiendo en no tomar resolucion ninguna sin el conocimiento de la Prusia, y en su consecuencia habló del asunto con el embajador prusiano acreditado cerca de su persona, el conde de Perponcher, y autorizando á su propio embajador en Berlin, el señor de Bylandt, para entrar en negociaciones con Bismarck. Segun la comunicacion que éste presentó al parlamento en la sesion del 1.º de abril, el rey de Holanda habia hecho preguntar qué diria el gobierno prusiano en el caso de que el rey de Holanda enajenara su soberanía sobre el gran ducado de Luxemburgo; á lo cual el gobierno de Prusia habia contestado por medio de su embajador, Perponcher, que el gobierno prusiano y sus aliados por el momento no tenían obligacion de manifestar su parecer sobre esta cuestion y que debian dejar á su majestad neerlandesa la responsabilidad de sus acciones; pero que si el gobierno del rey se viera obligado á manifestar su opinion no lo haria sino despues de saber cómo tomarian el asunto sus aliados alemanes, los firmantes de los tratados de 1839, y lo que pensaria la opinion pública en Alemania, ya que ésta tenia cabalmente en el parlamento de la confederacion del Norte de Alemania un órgano autorizado. Al propio tiempo el gobierno holandés habia hecho ofrecer en Berlin sus buenos servicios por medio de su embajador Bylandt en las negociaciones que, segun su creencia, se seguian entre la Prusia y Francia respecto del Luxemburgo. A este ofrecimiento se contestó que no habia tales negociaciones y por lo mismo no habia necesidad de los buenos servicios ofrecidos.

El rey de Holanda vió en esta contestacion que se le animaba á efectuar la venta del Luxemburgo, y como al mismo tiempo recibió simultáneamente de Berlin y de Paris la advertencia de que el lenguaje de la prensa prusiana se hacia con motivo del Luxemburgo tan amenazador y hostil que si él no daba su consentimiento sin dilacion fracasaria todo el asunto (1), tomó su resolucion y mandó telegrafiar en 28 de marzo á Paris: «El príncipe de Orange tiene el encargo de decir al emperador que el rey, por darle gusto, consiente en la cesion y suplica á S. M. que se entienda con la Prusia.»

En 30 de marzo se habian allanado todas las dificultades y el rey estaba ganado. De dia todavía recibió el emperador al príncipe de Orange, que le llevaba el consentimiento de su padre. El precio de venta estaba convenido y en parte

(1) Rothan, págs. 214 y 224.

disponible. Baudin, llamado por telégrafo, llegó á Paris en la mañana del 31 de marzo y volvió á partir por la noche para el Haya con encargos verbales, además de una carta del emperador en la cual éste exhortaba al rey á firmar sin demora la cesion, diciéndole que él se encargaba de entenderse con la Prusia. Moustier telegrafió á Benedetti: «Hemos llegado ya al momento decisivo; tome usted todas sus disposiciones de precaucion; el emperador considera ventida enteramente la cuestion é imposible volver atrás (2).» Entretanto en Berlin habia cambiado el aspecto de las cosas, de cuyo cambio enteró el conde Benedetti al ministro francés en la noche del 31 de marzo por cuatro telegramas sucesivos. El primero, enviado á las cinco de la tarde, decia que el conde de Bismarck, bajo la impresion de la agitacion general y de la noticia de que el partido liberal le interpelaria al dia siguiente con motivo del Luxemburgo, le habia dicho que era menester aplazar la conclusion del asunto, y que Benedetti habia contestado que al punto á que habian llegado las cosas seria mas fácil al gobierno del rey acceder á la agregacion del Luxemburgo á la Francia, que al gobierno del emperador renunciar á ella; que Bismarck habia sentido vivamente la comunicacion que el rey de Holanda habia dirigido por via del conde de Perponcher al rey Guillermo; que esta comunicacion no le permitia ya asegurar que la Prusia no habia tenido ocasion de oponerse á la cesion; que tambien habia hablado, lamentándose, de manifestaciones que habian ocurrido en el gran ducado de Luxemburgo. Añadió Benedetti que en su opinion las verdaderas dificultades procedian de la actitud del partido militar, apoyada por los príncipes que rodeaban al rey, y de la negativa del gobierno francés á consentir que se arrasaran las obras de fortificacion, y que él tenia motivo para creer que los informes del conde de Goltz estaban escritos en un espíritu desfavorable. El segundo telégrama, que el embajador envió á las once de la noche, decia: «Desde ayer se siente el señor de Bismarck agobiado por la agitacion que ha estallado en la prensa y en el parlamento. Se anuncian preguntas para mañana. El ministro contestará que ha respondido á una pregunta del gobierno holandés que, si se viera en el caso de decir algo, diria que tenia que preguntar á sus aliados y á los firmantes del tratado de 1839. El príncipe heredero se ha hecho anunciar.» El tercer telégrama, enviado inmediatamente despues, decia: «He hecho observar al señor de Bismarck que á la hora presente estaba probablemente arreglado todo, y que de todos modos nosotros ya no podíamos retroceder. Los despachos de Goltz respiran un espíritu pésimico. Dice que nosotros queremos la guerra.» A media noche envió Benedetti el cuarto telégrama, que decia: «Corre la voz de que el 7.º y 8.º cuerpos de ejército se han movilizado hoy. He escrito sobre esto á Bismarck, que me ha contestado, tambien por escrito, suplicándome que desmienta estos rumores. Las voces que se han hecho correr por oficiales permitirán á V. E. formarse una idea del ardor de los ánimos y le probarán que debemos prepararnos para todas las contingencias.»

Por la mañana del dia 1.º de abril á las diez salió el conde de Bismarck de su secretaria y se dirigió al parlamento, donde esperaba con curiosidad indescriptible la nacion y hasta el mundo entero la contestacion que daria al diputado Bennigsen, que le iba á preguntar sobre la cuestion del Luxemburgo. En el camino se le reunió el conde de Benedetti para hablar todavía con él antes de decidirse la cuestion. «Declararé á la cámara, le dijo Bismarck, que se han abierto negociaciones en el Haya, pero no podré asegurar que el asunto

(2) Rothan, pág. 225.

está arreglado, so pena de quedar desmentido por el gobierno holandés. ¿Me autoriza usted á añadir que el enviado de Francia tiene el encargo de hacérmelo saber? Si usted me da esta autorizacion, entonces me encontraré, no puedo negarlo, enfrente de una manifestacion gravísima y mañana quizás se haya escapado de mis manos la direccion de los sucesos.»

Benedetti no quiso aceptar semejante responsabilidad y dijo que se habian cambiado cartas entre el emperador y el rey de Holanda que indudablemente contenian obligaciones mútuas difíciles de rescindir, y por lo mismo podia considerarse en rigor cosa arreglada la cesion del Luxemburgo á la Francia, aunque no se hubiese firmado todavía el documento correspondiente. A esto contestó Bismarck: «Lo que usted me acaba de decir no me basta. Por lo menos, me ha de permitir usted añadir á mi declaracion que me ha sido comunicada por el enviado de Francia.» Benedetti se negó á esto decididamente y á su regreso á la embajada felicitóse sinceramente de haber procedido así, porque allí se encontró con un despacho de su ministro escrito en la noche anterior y que se habia atrasado en el camino, por cuya razon no llegó á Berlin hasta las once. Este despacho decia: «El señor de Tornaco (1) ha sido llamado al Haya para firmar el documento de cesion. Las intenciones del rey y de los ministros son excelentes. El tratado será firmado hoy antes de la noche (2).»

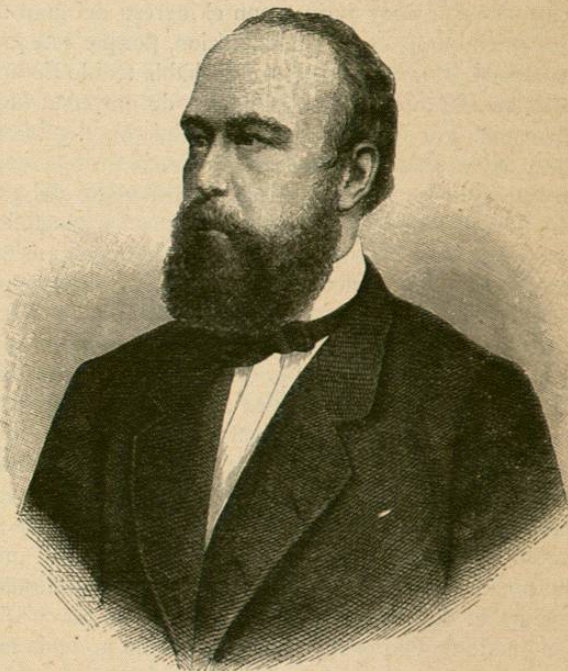
Si á las diez de la mañana hubiese tenido Benedetti este despacho, hubiera dado á Bismarck la autorizacion pedida y el ministro prusiano habria anunciado al parlamento que el Luxemburgo estaba cedido á la Francia. Entonces hubiera tomado el parlamento una resolucion que hubiera colocado al emperador de Francia en la alternativa de hacer la guerra ó de renunciar á la cesion, de hacer la guerra sin ejército ó de renunciar ignominiosamente. Tal como estaba la cuestion, no se habia publicado todavía acto tan trascendental, aunque quizás estaba ya consumado, pero quedaba la puerta abierta para que el rey de Holanda rescindiera el convenio para evitar un caso de guerra con la Prusia, y así sucedió en efecto á consecuencia de la discusion del parlamento en la sesion del 1.º de abril.

El diputado Bennigsen fundó su mocion, firmada por setenta compañeros suyos, en las voces cada dia mas extendidas de la probable firma de un convenio para la cesion del Luxemburgo á la Francia. «Si esto fuera verdad, dijo el orador, resultaria que un príncipe de estirpe alemana, olvidando los gloriosos timbres de su casa, que en otro tiempo dió hasta un emperador á la Alemania, habia vendido un país que no era provincia del reino de Holanda, sino que habia sido en todo tiempo territorio aleman y habia sido cedido á la casa holandesa reinante al fundarse la confederacion alemana como indemnizacion de los derechos que aquella casa tenia sobre otros territorios alemanes. Conviene, pues, urgentemente que el parlamento sepa lo que los gobiernos aliados y los representantes de la nacion alemana piensan hacer en vista de semejante atropello. El partido liberal, añadió, se adelanta á pedir explicaciones, porque cree de su deber especial impedir que la divergencia de opiniones manifestada en cuestiones determinadas relativas á la constitucion de la confederacion del Norte de Alemania se extienda á casos de la política extranjera, cuando lo que conviene es defender el territorio aleman contra ataques injustos del extranjero. Ja-

(1) El gobernador del Luxemburgo.

(2) Rothan, págs. 244 hasta 246. Meding, en sus *Memorias* (Leipzig, 1884, tomo III, pág. 205), cuenta el suceso de un modo algo diferente.

más (dijo entre los repetidos aplausos entusiastas de todo el parlamento), jamás ejercerán dificultades interiores de esta clase la menor influencia sobre la actitud del parlamento entero cuando se trate de hacer frente al extranjero con valor y decision y apoyar enérgicamente la vigorosa política que el gobierno prusiano y el presidente de su ministerio han practicado hasta ahora. Existe gran tentacion en el extranjero para aprovechar la disolucion de la confederacion alemana mientras no se haya organizado la nueva confederacion y cuando todavía continúa la lucha de la política interior. Este es para el extranjero el momento de robustecer su poder enfrente de Alemania, y si no hacemos frente á la primera tentativa en este sentido se repetirán continuamente



R. de Bennigsen

(grabado en cobre de Weger, segun una fotografia)

te esta clase de exigencias, y en lugar d llegar la Alemania á fundar una confederacion fuerte, continuarán la division y la debilidad de siempre.» El orador recordó tambien el vivo entusiasmo que años antes habian despertado las palabras del rey al decir que no se separaria ni de una aldea del territorio aleman; y dicho esto, repitió entre los aplausos de la asamblea que si el rey Guillermo se viera en el caso de hacer un llamamiento al pueblo aleman para defenderse contra el extranjero, no habria partidos, sino una sola nacion unida y resuelta. «No buscamos la guerra, pero si estalla será la Francia responsable de ella. La guerra que se hiciera entre estas dos grandes naciones inferiria profundas heridas á la prosperidad y á la civilizacion de Europa; nadie está tan convencido de esto como nosotros, los representantes de la nacion alemana, que estamos reunidos aquí para realizar trabajos pacíficos y en primer lugar hacer una constitucion que sea base del derecho y de la paz; pero si el extranjero nos quiere molestar en nuestra obra y quiere aprovechar injustamente el tiempo antes de que la hayamos llevado á cabo, entonces encontrará aquí una nacion y, no lo dudamos, tambien gobiernos que se opondrán decididamente á tales propósitos.» Cuando hubo concluido el orador, entre vivos aplausos de todos los lados, tomó Bismarck la palabra para referir cómo el gran ducado de Luxemburgo habia llegado á la situacion de ser objeto de una complicacion europea. Los gobiernos de la Alemania del Norte se habian agregado volun-